

EL VELO DE ISIS
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
 Simbología y comentarios

Siguiendo los fines de nuestra Asociación, anteriormente comentados a esta Introducción, desglosamos en éste capítulo, la simbología que hemos observado simbólicamente, y en el que se narran episodios humanísticos.

Tengamos presente que los símbolos tienen tantas visiones, como las conciencias de los que lo viven, o han conocido en su trayectoria personal.

Nuestra primera observación, después de leer la historia de la relación de éstos dos hermanos y de las personas que forman parte de ella, es en primer lugar **de una falta total de Amor, pero si de celos, envidias y el poder del sexo.** ¿Como resuelven las situaciones? **Actuando con orgullo, rebeldía o sumisión, dependiendo que sean víctimas o verdugos.**

Si recordamos, la Biblia ya comienza contándonos el primer encuentro por celos y envidia, entre Caín y Abel, curiosamente también dos hermanos, que acaba con el asesinato de Caín a Abel, por envidia y celos de su bondad y logros.

El rey de Tartaria expone su esfuerzo para que la fe sea preservada, pero lógicamente no puede manejar la vida ni la conciencia de sus mujeres, para evitar sus infidelidades. El relato en general, nos muestra la fuerza de lo negativo, del poder de la palabra utilizada erróneamente, de la imaginación creadora empleada sin una base moral, y nos recuerda la importante relación del Espíritu, siempre latente en todos los seres humanos.

En resumen, en este primer capítulo ya se nos muestra con mucha claridad la eterna lucha de la luz y las tinieblas, de lo positivo y lo negativo, que siempre se enfrentarán mientras carezcan de la fuerza del AMOR.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS : CAPITULO 1
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTAS

El Shah-Arino y el Shah-Shamano de las viejas crónicas de los sasanios.–Enlace de estos nombres con el Shamanismo, o primitiva Religión del Espíritu.–La Mente Inferior y la Superior del Hombre, o Shakra-zada y Doniazada.–La leyenda de la eterna infidelidad.–La ley universal del Sacrificio. Relaciones con la leyenda tristánica y con el célebre “Tributo de las cien doncellas”.Reminiscencias de Las mil y una noches: la Alcaldesa de Hontanares.–Saturnales y Fiestas de locos.–Las dos Fuerzas contrarias que mantienen el equilibrio del mundo.–Un recuerdo del Mahabharata.

Cuentan las crónicas de Sasanios que uno de los más poderosos reyes de la Persia antigua tenía dos hijos de inmenso mérito: Schahrirar y Schahzenán.

Schahrirar (Dueño del Tiempo), el primogénito, subió al trono a la muerte de su padre, y para premiar las virtudes de su hermano Svahzenán (Señor de los hombres) le dio el reino de la Gran Tartaria, con Samarcanda, su capital.

Pasados muchos años, aquél deseaba vivamente volver a abrazar a su hermano, por lo que le rogó fuese a visitarle, cosa que Schahzenán se dispuso a realizar con el mayor placer. Se despidió, pues, de la reina, su esposa, salió al anochecer, con el fin de incorporarse a la embajada que le esperaba en las proximidades de la capital para acompañarle a la corte de Persia, y estuvo conversando con el visir enviado de su hermano hasta bien entrada la noche.

Pero, deseando dar un nuevo abrazo a la reina, antes de alejarse por tanto tiempo, se volvió solo y secretamente a su palacio, yéndose, sin ser notado, hasta la cámara de aquella, quien, confiada en la impunidad, había recibido en su lecho a uno de los últimos dependientes. ¡Cual no sería su asombro y la rabia del rey al verse así tan pronto y villanamente sustituido, Quédose inmóvil unos instantes, sin atreverse a dar crédito a lo que veía. Luego, sin poder refrenar su ira, sacó su yagatán, se acercó al lecho de los culpables, bien ajenos a lo que les esperaba y después de decapitar a entrambos, arrojó sus cuerpos por la ventana.



Un momento más tarde el rey Schahzenán regresaba a las tiendas de su séquito, tan inadvertido como había salido, y daba la orden de partir. A los pocos días se vio ya en los amantes brazos de su hermano, que le aguardaba ansioso y había dispuesto los mayores festejos en su honor. Cenaron juntos los dos reyes y se retiraron a descansar, no sin que el rey de Persia advirtiese en el recién llegado una fúnebre tristeza que en vano pretendía ocultar, por lo que, cediendo a los ruegos de aquél, que pretextó hallarse algo cansado del camino, al día siguiente partió solo para la montería organizada, dejando al recién llegado Schahzenán en sus habitaciones. Viéndose, pues, a solas el rey de Tartaria, se sentó junto a la ventana que daba al jardín, y se puso a considerar una y mil veces su desgracia.

Sin embargo, en medio de su ensimismamiento, no dejó de notar una cosa bien extraña: el que de repente se abrió una puerta secreta que daba acceso a los jardines saliendo de ella la reina con veinte mujeres de su Corte, y creyendo que el rey de Tartaria se había ido también de montería, bien pronto se adelantó tranquila hasta debajo de la ventana del huésped, quien, para observarla por curiosidad, se colocó de modo que no pudiera ser visto. Así, advirtió pronto Schahzenán lleno de asombro, al descubrirse los rostros las del séquito, que de las veinte mujeres, diez no eran sino diez negrazos, que se apresuraron a ocultarse entre los macizos del jardín, cada uno con su amante pareja. La sultana no estuvo tampoco mucho tiempo sin compañía, sino que dando una palmada y gritando "¡Masud!", "¡Masud!", hizo se presentase al punto otro negro gigantesco cayendo igualmente en sus brazos.

Inútil es añadir que Schahzenán vio lo suficiente para comprender que su hermano era tan desgraciado como él. "Este es, sin duda -se dijo- el destino de no pocos maridos, cuando el sultán mi hermano, el soberano mayor del mundo, no se ha podido eximir de él", y desde aquel momento dejó de afligirse, recobrando su buen humor.

Hermano mío -le dijo el sultán al regresar-, doy gracias al cielo por la feliz mudanza que se ha operado en ti. Pero tengo que hacerte una súplica, y es que me digas la causa.

El bueno del rey Schahzenán se resistió cuanto pudo a responder; mas, estrechado por las insistentes preguntas de su hermano, le contó la infidelidad de su reina al dejar sus Estados de Tartaria, callándose, como era natural, lo que acababa de ver, y que hacía al sultán igualmente desgraciado que a él mismo.

Pero éste le dijo:

No creo, hermano mío, que pueda acontecerle a nadie cosa semejante. En cuanto a mí bien seguro estoy de mi sultana, que se dejaría matar antes que traicionarme así, porque de suceder tal, alguien de los míos lo vería y sería el mas traidor de los hombres si no me lo revelase.

Semejante frase fue un puñal para Schahzenán, porque se acrecentó en su pecho la lucha entre la caballeresca reserva que se había propuesto y los dobles deberes de fraternidad y de hospitalidad. Estrechado además por nuevas preguntas de su hermano, quien había notado cierta perplejidad en él, acabó por contárselo todo cuanto había presenciado desde la ventana de su aposento, con lo que no es para descrito el furor que se apoderó al punto del sultán. Aquél, para que se convenciese por sí mismo, le propuso la estratagema de fingir una nueva ausencia, como, en efecto, se hizo por ambos, repitiéndose punto por punto la escena de los negros y la de la sultana con Masud.

¡Oh cielo santo! -exclamó al fin el sultán- Después de tales cosas ¿qué príncipe podrá gloriarse de ser perfectamente dichoso...? ¡Ah, hermano mío! Abandonemos nuestros Estados con todas sus vanidades fastuosas y retirémonos del mundo, ocultando nuestra desgracia en la más oscura de las vidas.

Hermano -le replicó el rey de Tartaria- yo no tengo más voluntad que la tuya, pero prométeme, al menos, que nos volveremos si en nuestro viaje tropezamos con alguien que sea más desgraciado aún que nosotros.

Convinieron en ello. Disfrazados, salieron silenciosamente de palacio sin ser vistos; no cesaron de andar en el resto del día, pasando la noche bajo los árboles, y levantándose al amanecer siguieron caminando hasta llegar a una hermosa pradera a orillas del mar, rodeada de frondoso bosque. Bajo uno de los árboles se echaron a reposar y a tornar a su conversación acerca de la infidelidad de todas las mujeres.

No llevaban mucho rato ahí cuando por el lado del mar oyeron un ruido formidable y un grito que les llenó de pavor. Al mismo tiempo vieron espantados que el mar se abría elevándose de él una gruesa columna que se perdía en los cielos; eso les aterró aún más; pero lo que acabó de acobardarles fue la aparición en el seno de la columna de un horrible y gigantesco genio, quien, sobre su cabeza, que tocaba las nubes, llevaba una gran caja cerrada con cuatro candados de fino acero. El genio se sentó en la ribera junto a la caja, y abriéndola con las cuatro llaves que colgaban de su cintura, salió de ella una dama lujosamente vestida y de prodigiosa hermosura. El monstruo la hizo sentar a su lado y mirándola amorosamente, la dijo que le permitiese reposar un momento en su regazo.

Al decir esto, dejó el genio caer su abultada cabeza sobre las rodillas de la dama y no tardó en dormirse, dando unos ronquidos que estremecían la playa.

Entonces la dama alzó los ojos, y viendo a los príncipes refugiados en la copa del árbol les hizo señas para que bajasen sin ruido. Ellos, por señas, la suplicaron les dispensase; pero la dama, en voz baja, les dijo que si no obedecían despertaría al genio, a quien haría que les matase. Bajaron

entonces cautelosamente, y la dama, alejándose un poco de ellos bajo los árboles, les dijo que en el mismo día de su boda había sido robada por el genio, y les hizo con la mayor desenvoltura la propuesta más insinuante, que ellos no tuvieron más remedio que aceptar, resignándose además a que la dama les despojase luego de sus anillos para juntarlos a los 98 que mostró llevar en la cajita de sus adornos y pertenecientes a otros tantos amantes que del mismo modo había ido teniendo, a pesar de la estrechísima vigilancia del celoso genio, quien la tenía encerrada en aquella caja y oculta en el mismo fondo del mar.

Ya ven -terminó la dama, alejándose- que cuando una mujer ha formado un mal deseo, nadie puede estorbarle su ejecución. Mejor harían, pues, los hombres en no sujetar demasiado a las mujeres, con lo que las harían más juiciosas, acaso.

¡Oh hermano mío! -añadió el rey de Tartaria cuando hubieron quedados solos. Has visto que ese genio es aún más desgraciado que nosotros. Volvamos, por tanto, a nuestros reinos. Yo ya he ideado el medio de que me sea guardada la fe debida y algún día te diré cómo.

Regresaron entonces a la corte de Persia los dos reyes. El sultán se apresuró a castigar con la muerte a los culpables, y para prevenir ulteriores infidelidades en su nueva esposa, resolvió casarse cada día con una, haciéndola ahogar al día siguiente. En cuanto al de Tartaria, de allí a poco regreso a sus Estados, no sabiéndose bien qué hizo para remediar las traiciones de sus mujeres.

La fama de la inhumanidad del sultán conmovió bien pronto a toda Persia. Jóvenes hijas de generales, ministros, sabios, comerciantes, etc., fueron sucesivamente inmoladas despues de compartir una sola noche cada una el tálamo regio, y nadie acertaba con el medio de atajar semejante calamidad nacional.

.....
COMENTARIOS

Las variaciones que en esta "introducción" nos presenta el texto sirio de Mardrus son muy escasas, pero muy importantes:

Una de ellas se refiere al nombre de *Schah-zamán*, en lugar de *Schah-ze-mán* rey de Samarcanda Al-Ajam, y cuya etimología es la de "dueño del siglo, o del tiempo", mientras que la del nombre de su hermano *Schahariar* (no *Schah-rirar*) equivale meramente a la de "señor de la ciudad" o *de los hombres*. Esto que parece baladí, es importante para nuestro objeto, porque los dos hermanos son los prototipos de las dos humanidades que, a nuestro juicio, convivieran antaño sobre la Tierra, hasta el aciago día, cantado en el poema simbólico *Las Aves*, de Aristófanes, en que fueron cortadas las comunicaciones entre las dos, a saber: la humanidad *jina*, hoy invisible por la transgresión de Adán, y la humana propiamente dicha y a quien el *Velo de Isis*, es decir, del sexo y la ilusión, ha atrofiado el tercer ojo de la glándula pineal, o sea de la intuición, impidiéndonos con su ceguera el ver a aquella otra súper

humanidad y con ella convivir como en los tiempos primitivos.

Por eso un rey, un "shah", el de los *shamanos* o *zamanos*, es el "dueño del tiempo o de los siglos", mientras que el otro hermano es meramente el dueño "de las ciudades en las que habitan los hombres".

Para un positivista ello carecerá de importancia; pero no para un filósofo o un teósofo, porque precisamente en la región mogólica de Kalkas, de las alturas teberianas y chinas del Baikal y de Urga, cuna de la raza de los *calcas*, *caldeos* o *celtas* invasores de Occidente (*El Libro que mata a la Muerte*, capítulo X) hacia los siglos XXVII-XXIV antes de nuestra Era, se habla constantemente del pueblo regio y misterioso de los *zamán* o *shamanos*, solitarias gentes, fuera del comercio de la Humanidad, conocidas bajo nombres análogos en Europa y acerca de quienes la Maestra H.P.B. Nos dice:

"Lo que el común de las gentes conoce acerca del Shamanismo es muy poco, y aun este poco ha sido adulterado, lo mismo que el resto de las religiones no cristianas. Suele llamársele "el paganismo de Mogolia", sin razón alguna, puesto que es una de las más antigua religiones de la India, a saber el culto del Espíritu, la creencia en la inmortalidad de las almas y en que éstas, allende la muerte, siguen presentando las mismas características de los hombres a quienes animaran aquí en la Tierra, aunque sus cuerpos hayan perdido por la muerte su forma objetiva, cambiando el hombre su naturaleza física por la espiritual. Dicha creencia, en su forma actual, es un retoño de la primitiva teurgia y una fusión práctica del mundo visible con el invisible. Cuando un extranjero naturalizado en el país desea entrar en comunicación con sus invisibles hermanos, tiene que asimilarse su naturaleza, esto es, debe encontrar a estos seres andando la mitad del camino que de ellos les separa y, enriquecido entonces por ellos con una abundante provisión de esencia espiritual, dótales él, a su vez, con una parte de su naturaleza física, para colocarles de esta suerte en condiciones de poderse mostrar algunas veces en una forma semiobjetiva, de la que de ordinario carecen. Semejante proceso es un cambio temporal de naturaleza, llamado comúnmente teurgia. La gente vulgar llama hechiceros a los shamanos, porque se dice que evocan a los "espíritus" de los muertos con el fin de ejercer la nigromancia; pero el verdadero shamaísmo -cuyos rasgos más salientes prevalecieron en la India en tiempos de Megasthenes (300 años antes de J.C.)- no puede ser juzgado por sus degeneradas ramificaciones en Siberia, del mismo modo que la religión de Gautama-Buddha no puede ser confundida con el fetichismo de algunos que se dicen sus secuaces en Siam y Birmania. Actualmente tienen su asiento en las principales lamaserías de Mogolia y del Thibet, y allí el shamanismo, si es que de este modo podemos llamarle, se practica en el

sentido más amplio de comunicación que es permitido entre el hombre y el “espíritu”. La religión de los Lamas, en efecto, ha conservado fielmente la primitiva ciencia de la Magia, y lleva a cabo actualmente hechos tan maravillosos como los que producía en los días de Kublai-Kan y de sus barones. El “*Aum-mani-padma-hum*, la mística palabra de la trinidad sánscrita de “¡Oh Joya en el Loto”, la antiquísima forma atlante del místico rey Srong-Chtsang-Gompo, opera hoy sus portentosas maravillas de igual modo que en el siglo VII, y Avalokita-Iswara, el más elevado de los tres Boddhisattvas y santo patrón del Thibet, proyecta claramente su luminosa “sombra” ante los ojos de los fieles en la lamasería de Dag-Gdan, fundada por él, donde la resplandeciente figura de Song-Kapa, separándose de los vividos rayos del Sol bajo la forma de una nubecita de fuego, platica amorosa con una numerosísima comunidad de lamas, a veces de millares. La Voz que misteriosa desciende entonces de lo alto es a la manera del más dulce susurro producido por la brisa en el follaje, y pronto -dicen los tibetanos- la hermosa aparición se desvanece entre los árboles del bosque sagrado.

“Se dice asimismo que en Dharma-Khian (“claustro materno” o “lugar originario” de cuantas influencias han partido sucesivamente desde allí hacia el mundo) se hace comparecer en ciertos días a los espíritus perversos e inferiores, *forzándoles* a que den cuenta de sus fechorías, obligándoles después los Adeptos lamas a que reparen los daños que ellos han causado con su maldad a los mortales. A esta ceremonia es a la que el abate Huc llama inocentemente “la de los diablos o malos espíritus”. Si a los escépticos de los países europeos se les permitiese el consultar las relaciones impresas diariamente en Morú (*) y en la “Ciudad de los Espíritus”, acerca de las comunicaciones que tienen lugar entre los lamas y el mundo invisible, se sentirían ciertamente mucho más interesados por los fenómenos que por modo tan ostentoso describen los periódicos espiritistas. En Buddha-lla, o mejor dicho, Foht.lla o Montaña de Buddah, en la más importante de las lamaserias que existen por millares en el país, se ve flotar en el aire, sin apoyo alguno, el cetro de Boddhisgat regulando todos los actos de la comunidad aquella ...”

(*) Morú, “la pura”, es una de las más famosas lamaserias de Lha-ssa, emplaza precisamente en el centro de la ciudad. Allí reside el Shaberon, el Taley-Lama, durante la mayor parte de los meses de invierno, mientras que en los dos o tres meses de la estación calurosa permanece en Foht-lla. En Morú se halla también el más importante establecimiento tipográfico del país. De Morú deriva el nombre de un conocido Adepto. Como dice muy bien el cultísimo pensador vasco Don Fernando de la Quadra Salzedo, estos *samanos*, *sha-man* u “hombres divinos” son los primitivos arios,

“los hijos de Rishis” de la *Sama-asia*, y también los *samitas* de Italia y los *amanos* o *samanos* del vascongado Nobiliario.

.....

El ministro ejecutor de tamañas órdenes tenía dos hijas: la mayor se llamaba Scheherazada y Dinarzada la más pequeña. Esta última era joven de gran mérito; pero aquella gozaba de un extraordinario talento muy superior a su sexo, amén de una hermosura sobrehumana. Había leído mucho, y era su memoria tan feliz, que conservaba fielmente todo cuanto leyese. Además, dominaba los secretos de la filosofía, la medicina, la historia y las artes, componiendo los mejores versos de su tiempo, y su virtud era de una firmeza a toda prueba.

-Padre mío- dijo Scheherazada al visir, un día, le suplico encarecidamente me conceda una gracia que le quiero pedir.

Cualquiera que ella sea, la tienes de antemano concedida con tal que sea justa -respondiala el padre.

Como justa, no puede serlo más. He formado el designio de atajar por siempre la barbarie del sultán y salvar a miles de jóvenes del triste destino que les amenaza. Al efecto, ved mi plan. Le suplico encarecidamente, por el tierno afecto que le profeso, me procure del sultán el honor de su lecho.

El visir no pudo oír sin horrorizarse la propuesta de su hija, diciéndola:

¿Has perdido el juicio, hija mía? ¿Ignoras que el sultán ha hecho el juramento de inmolar al día siguiente a aquella con la que cada noche se desposa.

Lo sé -replicó Scheherazada- conozco el peligro que corro; pero nada me espanta. Si sucumbo, mi muerte será gloriosa, y si triunfo, haré a mí pueblo el mayor de los servicios.

La amante porfía entre padre e hija continuó largo rato; mas era tanta la sabiduría de ésta y tan fiel a su palabra dada el visir, que cedió por fin, aunque con la inmensa pena de ver que así firmaba la sentencia de muerte para su hija **(1)**

Vencido el padre y resignado a su destino fue personalmente a ofrecer su hija al sultán, quién quedó pasmado ante el sacrificio que le hacia su visir.

¿Cómo has podido resolvete a entregarme así a tu propia hija, sabiendo que mañana tendrás que quitarla por tu propia mano la vida, al tenor de mi juramento? -le dijo.

Señor -respondió éste-, ella misma es quien se ha ofrecido. El fin que le aguarda no ha sido parte a espantarla ni a disuadirla, prefiriendo sin duda a todo el honor de ser una sola noche esposa de vuestra majestad.

El sultán aceptó para aquella noche mismo, y el visir corrió a comunicarlo a su hija, quien, para consolarle, le dijo que confiaba que ello, en lugar de penas, no habría de traerle sino dichas para el resto de su vida.

Despues Scheherazada no pensó sino en ponerse en estado de presentarse al sultán; pero antes, llamó a solas a su hermana Dinarzada, diciéndola:

-Hermana querida, tengo necesidad de tu auxilio. Nuestro padre me va a

conducir al palacio del sultán para ser su esposa; pero no te espantes. Yo pienso suplicar a éste que te permita acostarte cerca para que mañana puedas despertarme antes del alba, diciéndome que cuente, mientras amanece, uno de aquellos sublimes cuentos que yo sé. Al momento le narraré uno y por este medio me lisonjeo de poder librar a todo el pueblo de la consternación que siente con tanta y tanta muerte de las jóvenes nuestras compañeras.

Dinarzada, como era natural, se puso incondicionalmente a las órdenes de su hermana.

Llegada la hora, el visir condujo a Scheherazada a palacio, retirándose en seguida con el corazón traspasado de dolor, y el sultán, así que se halló a solas con ella; pero al notar que lloraba le preguntó el motivo, a lo que la hermosa respondió:

-Señor, tengo una hermana, a quien amo con singular ternura, y desearía que pasase la noche junto al aposento para verla y darla el último adiós. ¿Me otorgaríais, señor, el placer de poder darle este último testimonio de amistad?.

El sultán accedió al ruego; se condujo hasta junto a la regia estancia a la pequeña Dinarzada y, una hora antes de amanecer, como se le había exigido por su hermana, la despertó diciendo:

-Hermana queridísima. Si no duermes, te suplico que, antes que amanezca, me cuentes alguno de aquellos dulces cuentos que tú sabes. Acaso ¡ay! Sea esta la última vez que los escuche, y también a tu amada voz.

-Señor -suplicó Scheherazada al sultán- ¿me otorgaríais la dicha de poder complacer a mi hermana en su inocente ruego?

-Con mucho gusto -respondió el sultán.

Entonces Scheherazada comenzó su pasmosa narración, asombro de los siglos pasados y futuros. Este relato, mejor o peor conservado, ha llegado hasta nosotros, bajo el título de *Las mil y una noche*, es decir, *El velo de Isis*, como podrá apreciar por sí mismo el virtuoso y sensato lector.

(1) En semejante amorosa porfía del padre y de la hija, aquel, para disuadirla de su heroico intento, que presumía iba a serle tan funesto, le refiere la fábula de *El caballo, el buey y el labrador*, que en esencia, es ésta:

“Un rico comerciante retirado tenía el don de entender el lenguaje de sus animales, pero con la condición de que a nadie revelase su secreto, so pena de perder la vida. Cierta día en que se divertía viendo jugar a sus hijos, oyó que el buey, comiendo en el mismo pesebre que el caballo, le decía:

-¡Qué envidia te tengo, amigo, viendo el descanso y regalo de que gozas! Tu mayor trabajo consiste en llevar a nuestro amo la rara vez que se le ocurre hacer algún viaje o dar un paseo. Un criado te lava, te limpia el pesebre, te da cebada bien cribada y agua fresca, mientras que a mi, antes de amanecer, me uncen al arado y me hacen tirar de él todo el día abriendo surcos y más surcos en la dura tierra, y cuando me faltan las fuerzas me agujonea el labrador. Luego que regreso a casa, me dan por todo pienso unas habas negras sin limpiar.

-Eres muy buey, es decir, muy simple -replicó el caballo-, porque te dejas, sumiso, llevar por donde quieren otros, en lugar de rebelarte. ¿Hace el toro igual que tú? Pues ahí tienes la diferencia ...

El buey, acordándose de cuando era toro, no olvidó la lección, así que, al día siguiente, cuando fueron a uncirle como de costumbre, se puso hecho una furia. El amo, entonces, comprendiendo lo que pasaba, cogió al caballo en lugar del buey y le puso a arar como antes éste, sufriendo el mismo duro trato de que el buey se había libertado por su consejo. Entonces

el caballo dijo:

-Me he acarreado tanto mal por mi imprudencia. Yo vivía feliz y me veo perdido en mi propia culpa, si no se me ocurre un medio de salir del atolladero.

Y el medio que se le ocurrió fue decirle al otro día al imbecil buey que, viendo su furia, habían decidido matarle y vender su carne en el mercado, sacando así de él algún provecho ... Con lo que el buey se decidió a seguir siendo buey, sin el menor intento de rebeldía ..."

En obsequio al orden y a la brevedad omitimos el detalle del otro cuento narrado también por el visir a su hija para disuadirla, cuento que, en suma, dice que la mujer del comerciante de marras, al adivinar en su marido que conocía el secreto del lenguaje de los animales, le amenazó con separarse de él si no se le comunicaba, Iba ya el marido a ceder, aun sabiendo que en ello le iba la vida; pero el gallo le salvó diciéndole que él con sus cincuenta gallinas le imponía a todas su voluntad, mientras que el rico amo no sabía imponerse a una sola. La amenaza de un buen pie de paliza administrado a tiempo bastó, en efecto, para poner en su punto la caprichosa vesania de la esposa.

COMENTARIOS

Esta distinción tan extraña de *shakman* ("hombre regio", "hombre solar o espiritual") y *shah-ariar* ("hombre ario" u "hombre propiamente dicho y con pasiones") sigue paralelamente en el texto con los de *Shahra-zada* (*Sahara*, "la reina hermosa" en lengua hebrea) y *Donia, Diana* o *Deniar-zada*. Así, el nombre de la primera, según Mardrus, equivale a "reina de la ciudad" o "de los hombres", y la segunda, a "reina de los cielos o de los mundos" en sus mil y una designaciones de Diana ("cuasi diva Anna", Calepinus), Astharté (*Isthara*, estrella), Selene, Helena, Isis, Maya, Mara, Ateacina, Proserpina, Phoebea o la Luna ... Así mientras que aquella se une "humanamente" con *Shahz-ariar* todas las noches (cual la mente inferior del hombre lo hace continuamente con los elementos pasionales que deberían estarle subordinados), la otra *Doniar-zada*, símbolo de los altos poderes intuitivos, vela, vigilante alejada de aquella regia pasión y cuidando tan sólo de despertar a su hermana "al rayar el alba", es decir, al acercarse la salida del divino luminar de los cielos, imagen del humano Espíritu ..., ese espíritu sin par que va a resplandecer al punto en el iniciático cuento de cada noche, con el que se aplaza "un día más" la terrible sentencia del Destino (o *Karma de la Humanidad*), contra las simbólicas mil doncellas u "once mil vírgenes", del terrible tributo de aquel fiero sultán prototipo parsi o ario del Sir Morold o "Mauregato" de la leyenda tristánica que detallamos en el capítulo de *Tristan e Iseo* (Tomo III de nuestra Biblioteca de las Maravillas).

Por último, el simbolismo se extiende también, como no podía menos de ser, a las "crónicas de los Sasanios", de las que se dice deducido el iniciático libro, y hasta hace en algunos textos "rey de Sassan o Assan, en las islas de la India y de la China, el gran Shahzaman "el shamano", porque los tales sasanios no son, como pudiera creerse, los príncipes de este nombre, sino más bien los antiguos *assanios*, *essenios* o "curadores" del Líbano (de Assa, curación

espiritual y física), tan relacionados, como es sabido, con los orígenes “buddhicos” del Cristianismo y con los de otras sociedades iniciáticas, tales como las de los *assasinos* del *Viejo de la Montaña*, en tiempos de los Cruzados, y sus derivaciones actuales africanas de “los Hermanos de la Pureza”, o las europeas de Templarios y Rosacruces. El nombre de Samarcanda, en fin, no es sólo el de la efectiva capital histórica de la Tartaria, sino también, por “extensión analógico-teosófica”, la capital de *Sama* o *Soma*, la región de “los hombres lunares” (de *Soma*, la Luna), gentes que aún ve el viajero en la Rajaputana hindú o región de los Maha-rajás, que se dicen sucesores *lunares* de los hombres *solares* o *shámanos* del *Mhahābharata*, ya desaparecidos de la vista de los hombres, y cuya dignidad caballeresca es tal, que no quiso desarmarlos la propia Inglaterra al colonizar “la región de los cinco ríos” o “marítima Tartaria” de otros tiempos, y que merecen todas las consideraciones también aun a los brahmanes más orgullosos.

Inútil es el insistir sobre la de los dos apólogos. En esta miserable vida no hay nada sino la rebeldía; pero los ya eunucos moralmente, no pueden en modo alguno officiar de rebeldes. De aquí la importancia de no vender, como hacen tanto, tamaña primogenitura cayendo en la esclavitud moral con daño de su virtud prístina.

El visir, padre de Scheherazada, no dejó de oponer obstáculos a la heroica resolución de su hija. Al efecto, después de mil razones le recordó la fábula del Caballo y el Buey, que es la revelación terrible de la ley del Karma a través de la historia. Sabía muy bien el visir, como sabemos nosotros, que todo aquel que trata de salvar a sus semejantes desvalidos, contrae kármicamente la responsabilidad de todo el uso bueno o malo que ellos hagan con sus enseñanzas, al modo de la llamada responsabilidad civil subsidiaria de la leyes, ora entre los hijos menores y sus padres, ora entre los deudores y sus fiadores. Así, en la fábula del visir, compadecido el caballo de los malos tratos que al buey daba su amo, le aconsejó rebeldía; pero así que el buey se hubo rebelado, el amo cargó sobre el caballo todo el peso de aquellas cargas que, por su consejo, el buey había dejado de llevar, y así soportó el caballo su desventura hasta que le hizo al buey la segunda revelación, o sea la de que el amo le dejaba engordar en la holganza para matarle y comerle después, con lo cual el buey abrió los ojos y se sometió voluntario a su cruz antigua ... La clave de las dos Magias, la Blanca y la Negra, se tiene aquí.

En el anterior relato de los dos sultanes, zares o *shehs* de la Introducción del divino libro, se caracterizan, respectivamente, las “dos humanidades” que comparten el señorío del planeta, a saber: la Humanidad propiamente dicha,

única que conocemos, y otra Humanidad superior y legendaria, renunciadora o redentora, que irá saliendo poco a poco de estos comentarios mismos.

La representantes de esta última son las dos hermanas Scheherazada y Dinazarda, o *Keherata y Dinarza*, que el Dr. Alemany quiere enlazar filológicamente con los *Karata y Damana* del primitivo poema oriental de *Kalila y Dymma*, por supuesto sin el subfijo *ka* de “disminutivo, desprecio o ternura”, cosa muy dentro del universal parentesco que los recientes estudios “teosóficos” o de Religiones Comparadas van ya esclareciendo. Para el filólogo-teósofo, en fin, las dos hermanas del gran libro no son sino *Kakara y Dákara*, dos místicas letras del sánscrito alfabeto.

Estas dos hermanas, símbolos respectivos de la Mente Inferior y la Superior del Hombre, se sacrifican, físicamente la una y moralmente la otra para la redención de sus hermanas, las mujeres del reino, amenazadas de caer, como todas las pobres almas en el mundo, bajo las fieras garras de Schahariar o *Zacarías “el Sacrificador”*, nombre que aparece hasta para designar, en libros tan recientes como los *Evangelios*, al esposo de Isa-bel (¿Isis la hermosa?), inofensivo inmolador de las víctimas propiciatorias ante el Tabernáculo hebreo. Y su sacrificio no es de un día, ni de un año, sino de “mil y una noches”, es decir, casi indefinido, al tenor de lo que entre pueblos como el nuestro significa la vaga frase de “mil y uno”, Y semejante sacrificio, como todas aquellas cosas en las que el sexo aparece, tiene también una significación dual: la necromante de “la letra que mata” y la sublime de “el espíritu que vivifica”.

En efecto, y por de pronto, el problema del sexo, al que antes aludimos, aparece vigoroso ya en la *Introducción* del Libro: Los dos hermanos sultanes descubren la infidelidad de sus sultanas respectivamente, a quienes decapitan, y, exasperados, creen que todas las demás mujeres son infieles también, por ley de su naturaleza, merced a lo cual Schaharia o *Zacarías* -el siempre mudo sacrificador del Templo- se decide a sacrificar, como el famoso monstruo irlandés y gallego del *Tributo de las cien doncellas*, todas las noches a una mujer, después que ha compartido con ella su regio lecho. Tras tan horrible carnicería, que tiene aterrado a todo el imperio, aparece una heroína, *Scheherazada*, la hija del visir, quien, como la Judith de Holofernes, o la Iseo del mito de Tristán, se resuelve a libertar a su pueblo de semejante oprobio y resueltamente se ofrece en holocausto al monstruo, al Sir Morold parsi, compartiendo su lecho.

Viene aquí entonces el símbolo de la acción de la Magia en el mundo y en la vida: La *humana Scheherazada* se hace despertar por su hermana Dinarzada “antes del amanecer” (hora de la iniciación), y ésta le ruega que le cuente una de aquellas divinas parábolas que debía a sus profundos estudios, Scheherazada aprovecha esa hora augusta que precede al alba, y en la que el hombre comienza a salir del mundo misterioso del sueño penetrando en el de los ensueños más dulces, ensueños *jinas* que acaso son la única verdad de nuestra existencia, y comienza su relato con la historia del comerciante y el ogro, que no es sino el símbolo triste destino de la Humanidad postátlante destinada a desaparecer, como destinado estaba a morir el pobre comerciante del cuento bajo la espada del genio del mal o *magia negra* y como destinada estaba también a morir la pobre Scheherazada si en aquel momento no se hubiesen presentado tres extraños personajes, dignos de especial mención. Personajes a quienes veremos aparecer en el epígrafe siguiente.

Porque, a bien decir, la Humanidad doliente, a diario sacrificada por las Potencias del Mal, que hoy son señores de la Tierra, sólo puede salvarse de su triste destino, que es el de la muerte moral al par que física, con el ejercicio de sus poderes mentales redentores, es a saber: el de la Mente Inferior, discursiva o razonadora, que nos ha dado a la ciencia como elemento esencial de todas nuestras emancipaciones -mente representada por la imaginación creadora de la sabia Scheherazada-, y el de la Mente Superior, pura e intuitiva, la del genio del hombre, despierta siempre para las altas verdades, como lo estaba la *jina de Dinarzada, Djinar-zada o Diana shada*, con ese eterno velar del Inconsciente humano desde su augusto trono de misterio, esa “Voz Interior y Divina”, *Sophia* o “Atma-Buddhi-Manas”, en fin, que es, en suma, el “Christo en el Hombre”, que diría San Pablo.

Y gracias a la proverbial misión de estas dos Mujeres-Símbolo, la sentencia de muerte formulada contra la Humanidad en la mística cabeza de “las cien doncellas” *parsis* se difiere uno y otro día, como se difiere o desvanecen todas las miserias humanas bajo la enriquecedora magia de la Mente, como se alejan y desvanecen también las tinieblas de la noche ante la luz esplendorosa del astro del día, ya que no en vano la Luz de la Idea y la Magia de la Imaginación -¿*Imago-jina-actio?*, ¿Creación imaginativa o “*jina*”?- ha sido siempre comparada en el mundo de lo espiritual a la del Sol fecundando con sus energías a todo el mundo visible.

Y ha sido tan poderoso el alcance sublime de la redención operada por aquellas dos abnegadas “hermanas”, que nuestra misma historia demopédica ha conservado memoria de ella en costumbres originalísimas, tales como la

del segoviano pueblo de Hontanares, cosa importantísima.

Según el simpático Sr. Rincón Lazcano, autor de la novela teatral que lleva por título *La Alcaldesa de Hontanares*, el día de Santa Águeda, es decir, el día de la leyenda, el día de *Agada* semito-mediterránea de la "Santa Tradición" o sea el 4 de Febrero, se elige alcaldesa y árbitra de los destinos del pueblo a la mujer a quien de ello se cree digna, "para que durante veinticuatro horas, tierna, compasiva y libre de impurezas, gobierna y apacienta a todos sus convecinos", La alcaldesa, en recuerdo sin duda de aquella Scheherazada, hace justicia seca sin otro código que el de su generosa abnegación, esclareciendo el error, desenmascarando a la perfidia, otorgando, al par también, misericordia en algún que otro caso, sin embargo, ni más ni menos que la heroína de las "mil noches. Cosa es ésta, además, recordada igualmente en las celebres *Saturnales* romanas, en las que los esclavos tenían derecho a decir la verdad desnuda a sus señores, y asimismo en las famosas "Fiestas de locos" y "Carnestolendas" inmortalizadas en *Nuestra Señora de Paris* por el genio de Víctor Hugo. Por último, hasta las simpáticas promovedoras actuales de "La Cruzada de las Mujeres Españolas", clamando en justicia a las Cortes y a la opinión contra el absurdo régimen legal que las oprime colocándolas en condiciones de inferioridad respecto de hombres que son las más de las veces inferiores a ellas, acaso, acaso, remontando en la inacabable cadena de los tiempos, podrían encontrar el origen de sus nobles rebeldías en aquellas dos heroínas o "parsi mujeres fuertes" de Scheherazada y Dinarzada que supieron dominar al Monstruo, al precursor parsi del "Minotauro cretense", con las armas de la vigilancia constante o la imaginación creadora y el sacrificio altruista, armas que son las empleadas siempre por la Humanidad rebelde contra todas las negras Fuerzas que secularmente la tiranizan ...

Ya en la propia escena paradisiaca con la que se inicia el *Génesis*, vemos la misma amenaza de muerte si se "come de la fruta del Árbol del Conocimiento", o sea si se emplea la Ciencia para otra cosa que no sea Renunciación, Obsequio en aras de la Humanidad y Sacrificio, porque escrito está, como dice Bulwer Litton en su *Zanoni*, que sólo puede redimir el que se sacrifica, y que esos Hermanos Mayores, Guías o Conductores de hombres y pueblos a quienes los teósofos llamamos "Grandes Almas" (*Maha-atmas*) o "Maestros", prototipos abnegados de cuantas Scheherazadas y Dinarzadas ha habido en el mundo, son el eterno *Muro de diamante* contra el que se estrella el mar de la Pasión y del Mal en sus embates, como la fiera ola contra el escollo inconmovible.

Y semejante acción redentora de los hombres-jinas no se limita, no, a operar la redención de sus contemporáneos infelices, sino que se dilata ella más y más a través de los tiempos todos, como la mágica seducción imaginativa de la hija del visir parsi se extiende hasta nuestros tiempos mismos y a los que tras de ellos hayan de venir, al estudiar a su vez las mismas enseñanzas sabias suyas, ya que, si un *milenio* de noches pudieron detener la loca espada de un iracundo sultán, varios milenios efectivos de años y aun de siglos pueden seguir deteniendo pródidas la terrible acción de la ignorancia en el mundo, ignorancia que es la causa de todas nuestras desdichas.

El mito de Scheherazada, en fin, es un mito genuinamente *tristánico* por cuanto en ésta vemos a una verdadera *Iseo, Isolda, Isis la Antigua o Io*, como en la leyenda occidental de este título que ha movido a través de los siglos a tantas plumas, inspirado a tantos pinceles y hecho vibrar a tantas liras.

Pero, a bien decir, entrambos mitos de Redención tienen como origen común el de la Primitiva Religión de la Naturaleza, o Sabiduría de las Edades, de donde todos los mitos religiosos más santos y sublimes derivan, por cuanto en aquella Religión, dada a nuestra Humanidad Infantil por otra Humanidad Superior -la de los Reyes divinos u hombres solares, lunares y venustos-, su antecesora, no pudieron menos de personificarse de algún modo las dos grandes Fuerzas o "Serpientes de la Luz Astral" que rigen al mundo, siendo tan necesarias, dentro de sus papeles respectivos, la una como la otra, a saber: La Fuerza de Inercia, de Caída, de Dolor, de Mal, de Negación, de Tiniebla, de Destrucción, representada en el viejo sultán Shahrirar, y la Fuerza de Progreso, de Redención, de Bien, de Felicidad, de Creación y de Luz, por Scheherazada representada, Sin la una, el argumento entero de la Vida, el gran Drama de la Humanidad sobre la Tierra, carecería de impulso, de estímulo o de protagonista; sin el otro, sin el contraprotegista, símbolo del mal, el tal Drama acabaría instantáneamente. Entrambos además están representados de un modo simbólico en el gran jeroglífico de la Y con sus dos "ramas de bien y de mal" o de *la Diestra y de la Siniestra*, la eterna *Dúada pitagórica*, origen del Mundo entero como Manifestación, que diría Schopenhauer, y cuyo tronco o *Mónada inicial* no es buena ni mala, blanca ni negra, sino *lo Inmóvil en lo Móvil*, que diría el cardenal Jerónimo de Cusa, o sea *Ello*, lo Neutro, lo Indefinible, lo Incognoscible spenceriano, incognoscible precisamente porque nuestra capacidad mental no puede actuar sin el contraste, sin la ley de los contrarios conjugados, o sea, en cada caso, sin *el opuesto*, como no podemos ver absolutamente nada en parte alguna si algo

que ha de verse, por su color o índice de refracción correspondiente, no varía poco o mucho del ambiente que le circunda.

De aquí, en fin, la doctrina de los *Logoi* y de sus respectivos *Adversarios*, entre los gnósticos, o sean el *Agayhadaemon* y el *Kakodemon* del doble caduceo de Mercurio-Hermes, emblema de la doble Sabiduría, de aquí la eterna ley de la oposición y la lucha que al mundo rige; de aquí también aquellas celebérrimas palabras con las que *Krishna*, el gran Hierofante iniciador de Arjuna en el *Mahabharata*, revela a este último se verdadera Naturaleza Dual, diciéndole:

“Yo soy el Espíritu entronizado en el corazón de todos los seres: su Principio, su Medio y su Fin; de las armas, yo soy el Rayo, el Viento, el Trueno.. Sin Mí nada animado puede existir, porque soy el Origen de todo ser y de Mí ha emanado el Universo ... En este mundo hay dos principios: perecedero o divisible el uno, imperecedero o indivisible el otro. Aquél es la totalidad de los seres vivientes, éste lo inmutable e indiferenciado; pero hay aún otro Principio más elevado, el Espíritu Supremo del Universo (la *Nada-Todo* de la escuela *advaitia*), que llena y sostiene a los tres mundos: el del cuerpo, el del alma y el del espíritu ...”

Una última observación nuestra para ligar este notable “cuento” con el que subsigue: sospechamos, en efecto, que esta “Introducción de las actuales *Mil y una noche*” no es la primitiva, pues en ella, al fin, se hace jugar al sexo y a la terrible y tan semítica pasión de los celos. La verdadera “Introducción” originaria, no debió ser ésta, sino la del extraño relato que subsigue en todos los textos que conocemos y con el que Scheherazada comienza su inaudita narración.

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna